

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

19/2016

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

RECENSIONES

Rieff, David, *In Praise of Forgetting. Historical Memory and its Ironies*, New Haven, Yale University Press, 2016
(Francisco Javier Caspistegui)
pp. 536-540



Universidad
de Navarra

Rieff, David, *In Praise of Forgetting. Historical Memory and its Ironies*, New Haven, Yale University Press, 2016, x+145 p. ISBN: 9780300182798. 14,57€

Contents. Acknowledgments. ONE. Footprints in the sands of time, and all that. TWO. Must we deform the past in order to preserve it? THREE. What is collective memory actually good for?. FOUR. The victory of memory over history. FIVE. Forgiveness and forgetting. SIX. The memory of wounds and other safe harbors. SEVEN. Amor fati. EIGHT. Against remembrance.

No es ninguna novedad afirmar que la memoria colectiva se está imponiendo sobre la Historia, como se viene denunciando desde hace años por autores que van de Pierre Nora a Santos Juliá por no poner más que dos ejemplos. La entronización del recuerdo como referente ético y moral a nivel colectivo ha proscrito uno de los mecanismos primordiales de la memoria: el olvido. La pregunta es si la imagen del cuento *Funes el Memorioso* de Borges (1944), la historia de una aberración, la estilización literaria de un caso que describió Alexander Luria, el individuo que se convierte en un monstruo por su incapacidad para olvidar, por su memoria inagotable, no se está convirtiendo en la situación de hipermemorismo al que asistimos en la actualidad. Si los individuos precisamos el olvido como complemento imprescindible del recuerdo, ¿no ocurrirá otro tanto con las sociedades?

El punto de partida del libro de David Rieff (ya planteado en uno previo, de 2009, titulado *Against remembrance*), es el inevitable carácter efímero de cualquier creación humana, de cualquier individuo, y se apoya para ello en testimonios que van desde *Eclesiastés*, 1:11, al poema *Recessional* de Kipling, *Ozymandias* de Shelley y otros. En definitiva: «The world of states we live in today has existed for only a comparative small fraction of recorded history, and a great deal even of that history has already been forgotten by everyone except historians» (5). Frente a esta certeza de la inevitabilidad del olvido, el mecanismo con el que nos defendemos, de forma individual o en grupo, es mediante el recurso a la conservación de nuestra memoria, de nuestras acciones o nuestra fama, de aquello que consideramos esencial para reconocernos y para que nos reconozcan. Y sin embargo, muchos de los actos en recuerdo a los hitos de nuestros diversos pasados han necesitado resignificarse para sobrevivir, porque su sentido original ya no es reconocible. De hecho, se plantea con acierto que «one cannot forget what one never knew» (21).

El problema está en la reconstrucción interesada de ese pasado, en la reelaboración de lo ocurrido de acuerdo a parámetros en ocasiones radicalmente alejados de su conocimiento crítico: «when states, political parties, and social groups appeal to collective historical memory, their motives are far from trivial» (111). La memoria social-colectiva tiende a ser reestructora más que crítica,

RECENSIONES

interesada en llevar a cabo esa reconstrucción con el fin de lograr objetivos concretos, son materiales ideológicos para la movilización, para buscar la unidad, lo que ya implica toda una serie de consecuencias morales. Señala al caso irlandés como un ejemplo especialmente iluminador de los usos y abusos del pasado en la construcción, reconstrucción, corrección y transformación de la memoria colectiva. La imagen mítica de Irlanda no ha existido, señala, y menos bajo una forma sagrada frente a la pérfida Albión. Lo que importaba, tanto como a otros nacionalismos culturales, «was the trauma of the Irish nation's destruction and the heady prospect of being able to breathe life back into in» (27-8). En términos históricos, este recuerdo del pasado era tan impreciso y anacrónico como apasionado, pero era lo que lo hacía distinto y, por tanto, proporcionaba una identidad estable apoyada en la emoción, tanto más contradictoria cuanto más percibimos el carácter cambiante de cualquiera de ellas, máxime cuando en nuestro tiempo las identidades no son en absoluto las de las élites victoriosas que han marcado la percepción del pasado de forma unitaria, sino más bien las de las víctimas y los excluidos en toda su diversidad: «In our era of resentment, the idea of a shared anything seems increasingly out of reach» (50). Por eso la visión crítica de la historia desafía estas construcciones y puede provocar la ruptura de los consensos que esas elaboraciones míticas buscaban, convirtiéndose en un enemigo. Y por eso, como titula el capítulo cuarto, la memoria (y la política, o la ideología) se ha impuesto sobre la historia.

No niega Rieff en absoluto el papel de la memoria, ni siquiera la necesidad de recordar de forma colectiva, sino más bien la hipermemoria como fundamento de un uso moralmente reprobable del recuerdo. Todo ser humano necesita recordar, y lo mismo los grupos, especialmente en un contexto acelerado de cambio como el que vivimos. Pero de lo que advierte Rieff es de los peligros del recuerdo, como ya hiciera Todorov en *Les abus de la mémoire* (1995) —con el que muestra sus desacuerdos—, o proponiendo una memoria moral compartida a partir de unos mínimos, como indica Avishai Margalit (*The ethics of memory*, 2002). Pero el problema, y la crítica a ambos y a quienes consideran imprescindible el recuerdo, parte de que el optimismo de una moral común es extraordinariamente difícil de establecer, porque un consenso de esas características obligaría a muchas renuncias, a muchas violencias interpretativas para poder ser viable. Algo que aun se está haciendo más problemático en el contexto de desahogado populismo en el que vivimos. Y se plantea por ello una pregunta crucial: ¿y si la memoria no protege del mal radical?; y si «a decent measure of communal forgetting is actually the *sine qua non* of a peaceful and decent society, while remembering is the politically, socially, and morally risky pursuit» (57). Recordar se ha convertido en un absoluto ético, pero Rieff se cuestiona si el recuerdo es siempre positivo, por mucho que defiende que «if a practical possibility exists not only of establishing an honest record of what was done but also of bringing the perpetrators to justice, in principle it should be done» (65). Pero

las cosas no suelen ser sencillas y a veces una iniciativa que busca justicia puede acabar acarreado males mayores, como el enfrentamiento y la ruptura: «at numerous times and in numerous places, remembrance has provided the toxic adhesive that was needed to cement old grudges and conflicting martyrologies» (87).

Por todo ello considera que la memoria colectiva es solo una metáfora, pues solo los individuos recuerdan. Pero también advierte del peligro de la comprensión del mundo a través de metáforas, porque es su esencia metafórica la que la libera y le permite reemplazar el mundo existente por un mundo imaginario propio. Pero esa es, dice, la libertad de la adolescencia permanente, es decir, el giro en torno al sufrimiento, el conflicto y el sacrificio. El sufrimiento conjunto, la existencia de agravios son más efectivos en la unidad que el triunfo, pero no hay nada más peligroso políticamente que un grupo que se considera a sí mismo como víctima. Una prueba de ello es que todos los crímenes cometidos en el siglo XX se han producido en un ambiente de miedo y se han justificado como defensa propia, reactiva o preventiva: ellos o nosotros.

También es importante tener en cuenta qué ocurre cuando desaparecen los testigos ¿Hay que recordar por ellos? Pero ¿qué recuerdos, si es que siguen siéndolo? Cita a Tony Judt, que expresa su pesimismo al considerar que abusar del pasado solo produce mala historia y mala moral. Y a ello añade Rieff que el recuerdo, incluso bien llevado, es *kitsch*, es decir, «when people take the fact that they are moved as a reason to think better of themselves» (81). Y aquí añade una afirmación contundente en apoyo a esa mirada crítica hacia el valor moral del recuerdo y es que nadie realmente aprende del pasado. «Nunca más» es un noble sentimiento, pero a menos que uno suscriba alguna de las formas más crudas de la narrativa de progreso, no hay indicio de que a más recuerdo más posibilidades de que el genocidio quede recluido en el bárbaro pasado de la humanidad. Nunca repetimos el pasado, y de hecho, Auschwitz no inmunizó ante los jémeres rojos, ni ante el genocidio Hutu... «In contrast, establishing the historical truth about a great crime while those who committed it and those who were or at least knew its victims are alive often not only should but also can be done» (84). Pero eso exige actuar como historiadores, investigando, aunque luego haya el riesgo de que esas investigaciones se usen con finalidad política. Por eso es tan importante investigar con prontitud y no dejar de lado lo ocurrido, como en Japón, donde solo en 1987 Hara Kazuo y su documental *The emperor's naked army marches on*, rompió con la idea de que los japoneses eran solo víctimas, como *Le chagrin et la pitié* de Ophuls en Francia en 1969. «What I propose is not replacing a *bien-pensant* fairy tale about memory with a *mal-pensant* cautionary tale about forgetting. Nor do I suggest that, even if I am right about the uses of such forgetting, it should take place in the immediate aftermath of a great crime or while its perpetrators are still at large. Leaving the needs of histo-

RECENSIONES

ry aside, these are moments when commonsense morality and the minimal requirements of justice weigh strongly in favor of remembrance» (87-8).

Si no hay una alternativa realista entonces hay que dar una oportunidad al olvido. Sabiendo que la memoria es tóxica en muchos casos, ¿por qué poner nuestra confianza ética en ella, por más que algo así pueda ser deseable moralmente? No sugiere el olvido, ni dejar de lado la ofensa pues hacerlo sería una mutilación moral y psicológica de proporciones trágicas. Recordar demasiado es tan malo como olvidar demasiado, pero la primera opción se ha convertido en un riesgo mayor que la segunda. De hecho el culto al recuerdo se ha convertido en una especie de fetiche. El problema de esta propuesta de David Rieff está en que por muy atractiva que sea esta opción, sigue apoyándose en una ética, en unos principios morales sobre los cuales ha de tomarse la decisión de perdonar, hacer justicia u olvidar y por tanto sigue sujeto a controversia, a interpretaciones que pueden derivar en conflicto.

En el siglo XXI no hay país democrático que no esté inserto en una guerra memorial. Los gobiernos conmemoran más los fracasos y las derrotas que las victorias, es la *theodicy of disprivilege*. En todos los casos la cuestión de la verdad histórica nunca es tan importante como la solidaridad grupal que ese recuerdo engendra. Que estas políticas se asienten no tanto en el resentimiento como en una subjetividad radical no es una sorpresa. De hecho, no lo es tampoco la aplicación de la perspectiva terapéutica, según la cual solo se puede asumir una mala experiencia cuando se recuerda. Esta terapia individual se aplica también a lo colectivo, con todos los riesgos que implica. De hecho, cuando un individuo tiene dificultades con su recuerdo, todo ello es real pues deriva de experiencias vividas. Por el contrario, cuando la transmisión de memorias colectivas continúa durante tres o cuatro generaciones, solo puede ser llamada memoria metafóricamente.

Pese al incremento de lo memorial, una industria en auge, los alumnos en las escuelas cada vez saben menos geografía, historia o política contemporánea. Y la poca historia que saben no es historia, sino recuerdo. Es el reflejo de un tiempo en el que prima la gratificación instantánea, a lo que se puede añadir la cultura de la queja y la civilización del espectáculo, como recogió Vargas Llosa (2012).

Si olvidar puede ser una injusticia con el pasado, recordar puede ser una injusticia con el presente. Es necesario plantearse la posibilidad del olvido, como cuando De Gaulle decidió conceder la independencia a Argelia y uno de sus colaboradores protestó diciendo que se había derramado demasiada sangre, a lo que el general respondió que nada se seca más rápido que la sangre. Al fondo de toda conmemoración pública siempre está la política, en sentido estricto o como forma de proponer una versión de la historia. De hecho, indica que «[c]ommemorations of national tragedies such as the September 11 attacks are also occasions for the affirmation of the wholly illogical belief that events that

RECENSIONES

quite rightly seem central to us today will be as or almost as important to our descendants long after those of us who lived through them are dust. This assumption is not only almost certainly false; it also carries risk» (130). La tendencia a mezclar deseo y realidad, conmemoración y recuerdo colectivo, el presente con la eternidad son maneras equívocas y arriesgadas en la historia. No hay controversia en que más tarde o más temprano todo lo humano será olvidado, pero sí la hay en dónde están los límites de la capacidad de una sociedad para el recuerdo, la conmemoración y la celebración. A través de este ensayo, con multitud de ejemplos (incluyendo el caso español), David Rieff realiza un recorrido en el que reivindica el valor del olvido sin negar la necesidad del recuerdo, pero sin hacerlo absoluto, abriendo así un debate necesario.

David Rieff es periodista y escritor, actualmente en el *New York Times Magazine*, aunque ha escrito en *The Washington Post*, *The Los Angeles Times*, *The Wall Street Journal*, *Le Monde*, *El País*, *The New Republic*, *World Affairs*, *Harper's*, *The Atlantic Monthly*, *Foreign Affairs* y *The Nation*. En los años noventa fue corresponsal en África, los Balcanes, y Asia Central. Entre sus libros destacan: *The Exile: Cuba in the Heart of Miami* (1993); *Slaughterhouse: Bosnia and the Failure of the West* (1995); *Crimes of War: What the Public Should Know* (1999); *A Bed for the Night: Humanitarianism in Crisis* (2002); *At the Point of a Gun: Democratic Dreams and Armed Intervention* (2005); *The Reproach of Hunger: Food, Justice, and Money in the Twenty-first Century* (2015). También ha publicado sus recuerdos sobre la muerte de su madre, *Susan Sontag's: Swimming in a Sea of Death* (2008), de la que ha editado varias recopilaciones.

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra